

Finalmente, una rápida hojeada de la última sección, "Categorías", nos permite descubrir que aquí también hay pistas de interés. Son curiosos los nombres que Lope elige para las distintas nacionalidades: franceses y francesas apenas despiertan en él ningún deseo de exactitud histórica, pero los godos sí: *Florinda*, (*doña*) *Elvira*, *Solmira*, *Atanagildo*, *Bamba*, etc. También son lógicos los nombres de los "hebreos". Entre las moras se destaca una, *Angélica*, que denuncia la pastoralización del género morisco tan típico de los tiempos de Lope. En otros nombres moriscos se ve también el proceso de pastoralización: *Belaida* combina el elemento *Bel-* con la terminación típica de *Zaida* o *Zoraida*; y en *Rosarfe* (que, sin embargo, no es moro) se combinan *Rosa* y *Tarfe*. Entre los rusos hay *Boris*, *Demetrio*, *Basilio* y *Rodulfo*, pero también *Belardo*, *Lucinda* e *Isabela*. No sé si realmente vale la pena una categoría de "secretarias", pues lo único que revela son los nombres de *Amarilis*, *Diana* y *Estela*. Ni veo que fuera necesario subdividir a los "rústicos" en pastores, serranos, villanos, etc., pues se encuentran allí, indistintamente, las dos clases fundamentales de nombres: la pastoril renacentista (*Filena*, *Silvia*, *Tirrena*, etc.) y la rústica medieval (*Dominga*, *Menga*, *Olalla*, *Pascuala*, etc.).

Y así *ad infinitum*: problemas, secretos y sorpresas a cada paso. Parece haber poquísimos errores; los dos que he observado ya los hizo notar Morby en su reseña citada: un perro *Amadís* (en *El cuerdo en su casa*) que no está en el catálogo, y un *Presonajes* en la p. 700 de la obra, que tiene paginación continua en los dos tomos.

HERMANN IVENTOSCH

State University of New York.

ANDRÉ NOUGUÉ, *L'œuvre en prose de Tirso de Molina*. Librairie des Facultés, Toulouse, 1962; 500 pp.

El autor nos ofrece ante todo un valioso resumen de cuanto se sabe actualmente acerca de la biografía de fray Gabriel Téllez, deteniéndose, por ejemplo, en las controversias sobre su posible parentesco con los Téllez Girón. Pero su libro es, en lo fundamental, un estudio de las dos obras en prosa del ilustre mercedario, los *Cigarrales de Toledo* y *Deleytar aprovechando*, estudio hecho a menudo a base de motivos algo anticuados —como la búsqueda de fenómenos "barrocos", y la consiguiente escisión de tópicos de "forma" y "fondo"—, pero que de todos modos estimula al lector de hoy a distinguir entre lo que sigue vivo y lo que está muerto en esas obras.

En cuanto a los *Cigarrales de Toledo*, logra fijar su fecha de composición en 1621, a pesar de no existir edición anterior a la de 1624. Ingeniosamente escudriña las referencias que hace Tirso al día de la fiesta de San Juan del año en que se suponen transcurridos los acontecimientos novelescos, y concluye que el único año que concuerda con los datos es 1620. Sigue el curso de la "acción sinuosa" de la obra, y,

exceptuando siempre el relato autónomo de *Los tres maridos burlados* (en el último *Cigarral*), relaciona las aventuras contadas por los personajes con su reunión en Toledo. Subraya el carácter esencialmente sentimental de estas intrincadas novelas, cuya pesadez se hace perceptible en cuanto se las juzga con criterio literario, y se detiene particularmente en tres aspectos del libro: A) Su relación con los géneros literarios que lo precedieron: paralelos con la novela pastoril, con los libros de caballerías —v. gr. las alegorías del jardín de los amantes en el *Cigarral II*, y quizá la descripción inicial de la cabalgata de Don Juan a través de la tormenta—, con la lírica de cancionero —el “discreto” erótico—, con la novela bizantina —lo intrincado del conjunto— y con ciertos motivos que son más bien típicos del teatro. B) El concepto de *burla* y su relación con lo burlesco. La burla, observa Nougé, es la fuente de muchas de las acciones. Y analiza los episodios ridículos, como son aquellos en que interviene el gracioso Carrillo, así como el relato independiente de *Los tres maridos burlados*. Creo que pudo haber hilado aquí más fino, distinguiendo, por ejemplo, entre la burla que supone un atentado contra la honra personal y la burla “cortesana”, inocente en su alcance. C) El ambiente de los jardines toledanos llamados “cigarrales”, tales como eran en la época de Tirso. A base de los nombres de los propietarios llega Nougé en buen número de casos a adivinar quiénes son los personajes de la obra, que él considera un *roman à clef* (sin excluir los matrimonios que se conciertan en la ficción). Estudia las costumbres que en ella se reflejan —capítulo éste que tiene un sabor algo anticuado de “costumbrismo” novecentista— y hace una explicación utilísima del jardín alegórico en que se extravían los amantes. En cada caso se complace en examinar la posible huella que los elementos de la obra de Tirso hayan podido dejar en la literatura europea (por ejemplo, la relación de ese jardín alegórico con el “mapa de los sentimientos” de Mlle. de Scudéry).

Del otro libro, *Deleytar aprovechando* (1631), entresaca Nougé las tres novelas de santos: *La patrona de las Musas*, *Los triunfos de la verdad* y *El bandolero*. Las dos primeras desarrollan temas del cristianismo primitivo (Santa Tecla virgen y San Clemente romano), y lo que hace sobre todo Nougé es destacar los elementos que Tirso añade a la leyenda piadosa primitiva: por ejemplo, las descripciones de jardines de la antigüedad, que por una parte recuerdan el afán de detalle de las “novelas históricas” y, por otra, acercan los relatos al ambiente de los *Cigarrales*. La tercera de las novelas, *El bandolero*, que se refiere a San Pedro Armengol, fundador de la Orden de la Merced en la Edad Media, eclipsa ciertamente a las otras dos. También aquí añade Tirso muchísimos detalles novelescos; se trata, de hecho, de una novela sentimental, y Nougé se esfuerza por hacerle un lugar preeminente entre las del Siglo de Oro. Examina las fuentes (crónicas de la Orden) y traza un cuadro del bandolerismo catalán a través de los siglos, en la ficción y en la realidad. Relaciona asimismo la novela con la literatura anterior, incluyendo de nuevo el teatro; y, para hacer ver cómo Tirso se propuso dar sabor de época al relato, se explaya acerca de los debates sobre las obligaciones de los leales amadores en las cortes de amor del siglo en

que vivió San Pedro Armengol. Con todo, no se puede ocultar el hecho de que se trata de una novela de edificación, incluso de ascetismo, y Nougé se ve obligado a reconocer esta preponderancia devota.

Sigue una visión de conjunto del arte novelístico (y de versificador) de Tirso. Nougé resume el cuerpo de teoría existente en el primer tercio del siglo xvii y pasa luego a las "realizaciones" del autor. Es de lamentar que se haya dejado engañar por el espejismo del "barroco", considerado aquí como un estímulo verdaderamente existente en el arte de la época. Separa "fondo" y "forma", y esto lo lleva a ponderar aspectos de tan dudoso valor crítico como cierta "afición al contraste" en Tirso. Puede que haya más contrastes en la obra del mercedario que en la de Cervantes, por ejemplo, pero la lista que Nougé levanta es simplemente caótica, puesto que si se toman los elementos novelescos que son descriptibles, pocos habrá que no ofrezcan "contrastes". La afición de Tirso a la pintura como fuente de figuras literariamente aprovechables recibe también la debida atención por parte de Nougé. (Sería interesante examinar la complicada estructura de los *Cigarrales* desde el punto de vista de la técnica de intersección de planos en cierta pintura manierista: un ejemplo, aunque tardío, sería acaso el célebre lienzo de "Don Carlos II adorando la Sagrada Forma"). La relación del estilo de estas obras, sobre todo *Deleytar aprovechando*, con la retórica homilética está asimismo bien estudiada. Por último, Nougé, que considera estas obras como conjunto de embriones de la "novela moderna", o sea la del siglo xix, se esfuerza por trazar la "psicología" de los personajes. Extraña un poco que haya aislado del conjunto una serie de conceptos difícilmente separables, como la sensualidad, el amor, el galán y la dama. La lectura de las novelas induce a suponer que son las situaciones cuasi-teatrales las que gobiernan los motivos de damas y galanes, el surgimiento de los amores y los odios. En cambio, el aislar temas como la soledad y el monólogo, o el heroísmo, no parece tan anacrónico, ya que reflejan el ideal de vida de Tirso como fraile consagrado al apartamiento y al rescate heroico de cautivos. Pero ni siquiera esto nos ayuda gran cosa para apreciar debidamente unas novelas del siglo xvii.

El estudio es muy largo, y quizá la presentación habría ganado en fluidez si dos capítulos por lo menos hubieran pasado a la categoría de "excursos": el dedicado a los "cigarrales" en el siglo xvii y el que trata del "espíritu catalán" dentro y fuera de las páginas de *El bandolero*. (Este último deberá ser cotejado ahora con los capítulos pertinentes del documentado libro de J. H. Elliott, *The revolt of the Catalans*, London, 1963). Son muy interesantes las observaciones que hace Nougé sobre la sutil alternancia de lo alegre y lo melancólico en los *Cigarrales* (incluyendo las comedias y poesías que se intercalan: unidad dentro de una diversidad enorme). Pero, en resumidas cuentas, fuerza es reconocer la trivialidad de los acontecimientos y sentimientos descritos por Tirso. Si no fuera por ella, aceptaríamos gustosos la idea de ver en el conjunto una muestra de experimentación novelesca parecida a la de nuestros tiempos.

ALAN SOONS

University of the West Indies.